

VILLACARRILLO COSTUMBRISTA

Dos pesetas y una púa

Las campanadas del reloj del Ayuntamiento indican la hora de la tarde: las tres. El calor canicular devora el fresco mañanero y el sol finge avanzar y no abandona su cenit. Comienza la siesta; entreacto de quietud y adormecimiento; la vida se lentifica y de las calles se apodera la quietud y el sosiego.

El campo, solitaria barbechera refringente de la radiación solar, se abrasa y exhala por doquier la ardentía canicular. La alberca rebosa con el agua del venero oculto que la abastece y que en igualdad y constancia cae a una acequia. A lo largo del caz se ha formado un humedal; el verdor de la hierba y de los juncos delata claramente el tránsito del agua, hasta que se pierde en un barranco. Un vergel de árboles frutales se orilla a la acequia y medra a su lado; la frondosidad confina la desolación de la tarde en los límites de su sombra. Más abajo comienza el huerto; caballones perfectamente paralelos ondulan la tierra, como si fueran lomas levantadas a azada por el hortelano. Las regueras llevan el agua de la acequia a todos los rincones del huerto creando un ramal hídrico ingenioso. Matas de hortalizas, verduras y legumbres, alfombran el hortal y dejan ver la lozanía de sus productos.

Tiempo escogido de la tarde; horas vacías, sin acecho, que estimulan al grupo de adolescentes a rondar el paraje y aliviar la holganza a la sombra de las higueras; recostados sobre la grama seca, estrujada de otras ocasiones, fuman un cigarrillo a resguardo del calor. El tedio les lleva a andorrear los frutales y escamotear unas brevas, melocotones y del huerto algún tomate, pepino o lechugas aporcadadas, que limpian y refrescan en el caz. Acabado el condumio y en



Bar La Sindical. Años 70. P. Lorite.

prevención de la llegada del hortelano a regar, piensan en darse un baño en la alberca. En unos segundos, tras desvestirse, están chapoteando en el agua que, en poco tiempo, queda encenagada y cubierta de obas y restos de jabón. Sin interés por el rededor, el rudo golpe de un chinorro sobre la mampostería de la alberca, al que sigue una retahíla de imprecaciones, acaba con el baño; los bañistas salen de dudas y se aperciben de la presencia del pastor que llega con un rebaño de ovejas, con la intención de darles de beber en la alberca. Los bañistas salen del agua como alma que lleva el diablo y ponen distancia por medio; los zapatos y vestimentas se apretujan contra el pecho; obvian la desnudez y el polvo hirviente del camino que quema sus pies.

En la Losa, apiñados alrededor del haz de habas, esparcido sobre la poyata del pilar, se afanan los chavales

por desmenuzar una a una las vainas secas; tiran a un lado la broza y dejan el fruto aparte. Una docena de manos frotan las vainas hasta desprender el producto. Todo es caña y apenas sube el pequeño rimer que se ha ido formando: - Jóder, con esto no tenemos pa na; teníamos que subir y bajanos otro haz. - Y una leche, ahora mi tío estará pendiente de la era: cualquiera se acerca; me conformaré con que no m' haya conocio.

Un rato antes, cuando andaban por la carretera que baja a Mogón, se planteaban la manera de poder echar un cigarro: no tenían ni hebra, ni tampoco dinero, siquiera una peseta, vamos ni dos reales, con los que comprar dos cigarrillos sueltos, de los cortos, y así poner remedio al deseo de fumar. El Luis los saca de la frustración: - En la tienda del Barrio, compran las habas y los garbanzos que cogen los espigaores; ahí en la



era de las Pilas no hay nadie, cogemos un haz de habas y salimos corriendo a toa chapa. – Sí, hombre, a las Pilas y mi tío que no le quita ojo a la era ...; no, si quieres vamos y se las pedimos, ya verás que regalo nos va a hacer. Todos miran los haces de habas atrasnalados al fondo de la era. - Si nos cruzamos por detrás de la era de Periquillo y llegamos al cantón, subimos hasta la era y arreamos con un haz, bajamos a la Losa y allí lo limpiamos. No lo piensan dos veces, con cautela desmenuzan un haz y en manojos logran su objetivo; el hueco que deja precipita los haces de encima y provoca el desmoronamiento del trasnal; la huida se precipita y los chavales salen como rayos buscando el amparo de la Losa. Por detrás distinguen las pitadas y voces con las que el tío Germán les reprende.

A poco de terminar la operación de limpieza: - ¿Cuánto pesará el montón? - Con esto no tenemos pa na. - Hay habrá sobre tres kilos o más - ¿No nos va dar siquiera cuatro duros? – Pa dos paquetes de Fetén seguro que tenemos.

Al salir de la tienda del Barrio, tras la transacción: - Como a chinos nos ha engañao – Toa la tarde pa un paquete de Celtas cortos.

Nunca he pensado que cualquier tiempo pasado fuese mejor; al contrario, pienso que cualquier tiempo futuro pudiera ser mejor. Cada generación así lo contempla. Sin remontarme a más de seis o siete décadas, la progresiva mejoría de la calidad de la vida y el notable avance en la educación y la cultura, ha dado lugar a generaciones, en las que se incluye la que aquí aparece, que nada tienen que ver con las que dejaron atrás; de ello me vanaglorio, así como de los valores humanos que adquirimos; no diré que las generaciones posteriores gocen de estos principios; por el camino se ha ido desprendiendo ese bagaje y ahora, como dijo aquél: “... no nos conoce ni la madre que nos parió...”

Reír, soñar, imaginar, percibir sentimientos dispares; disfrutar la música, esa psicoterapia que adormece, sosiega, y apacigua; sensaciones y emociones a las que somos receptivos en ausencia de intimidación o traba. Impresiones que acudían a nuestros sentidos a cambio de nada.

Las mejores cosas las teníamos al alcance de la mano; únicamente había que trabajarlas. Las cosas materiales eran gratuitas, regaladas, dadas y también detraídas; en su mayoría fruto de nuestra industria creativa que las elaboraba, transformaba o arruinaba para surgir en una finalidad distinta a la primaria. Ingenio para crearlas, coexistencia al realizarlas en grupo, ello llevaba a reforzar la amistad, cohesión al compartir vivencias buenas o malas, soportadas bajo la ardentía solar, fríos, lluvias, nieves que no impedían la vida en la calle o en el campo. Que darse en caso no era lo habitual.

Contextualmente, la realidad de cada día para los chavales y adolescentes no daba para caprichos, tampoco era grande la oferta; ¿un balón de cuero, “cuero”? pues no ... sería de badana; impensable la raqueta de tenis o la equipación de fútbol. Por lo tanto al ocio se llegaba, en la mayoría de los casos, principiando por su elaboración, fabricándolo, empleando elementos disponibles a nuestro alrededor para la finalidad deseada; creaciones que se disfrutaban a solas y otras en compañía necesaria.

¿Qué daría de sí una cubeta vieja? Nos vendrá a la memoria el aro metálico que servía de unión del culo con el propio recipiente, una vez desprendido y alisado de algún bollo; servía para rodarlo y darle veinte vueltas al pueblo; se guiaba por medio de un bastón metálico que en el extremo formaba un ingenioso doblez que sustentaba el aro mientras rodaba; podía ser de hierro o de alambre duro; también se utilizaba una vareta de paraguas; había quien lo perfeccionaba, dotando su extremo superior de un

mango de madera para comodidad del conductor. Aire libre, coste cero.

Perfecta la cuadrícula dibujada en una superficie barrosa, previamente aplastada; una lima o un trozo de hierro con punta se lanzaba sobre cada sección cuadrangular: de izquierda a derecha y de abajo a arriba. La hinca. Aire libre, cero coste.

Chapas, bolas, culibrinos y níqueles, los santos... juegos de recompensa en los que predominaba habilidad del jugador. Coste cero; gran afluencia de personal; al aire libre.

De los juegos de elaboración propia, muy recurrente era el patinete o patiné; su principal componente eran los cojinetes, básicamente tres, adosados a una tabla; el elemento rodante señalado se conseguía peregrinando por los talleres mecánicos: Nadal, Mateo ...; ya ves coste cero; media mañana o media tarde entretenidos.

También fabricábamos, a saber: en el perímetro de una tabla se clavaba, a una distancia de cinco o seis dedos, una hilera de puntas; en el interior se hacían de igual forma pequeños triángulos y cuadrados; un puñado de gomas se estiraban de clavo a clavo, la elasticidad producía la tensión necesaria para repeler el impacto de la bola o del culibrino; éste rodaba por la tabla, inclinada al efecto y al llegar abajo era repelido por el jugador, merced al accionamiento de dos mandos, que no eran otra cosa que pinzas de madera, de las usadas para prender la ropa. Gratis. Acentuación de la habilidad. Aumento de la autoestima. Olfato perruno ya que entre otras cosas, se hurgaban los rincones de la casa buscando los materiales

¿Cómo quedaba el álbum en el que se había utilizado pegamento Imedio para pegar las estampas! fino, liso y con el olor agradable del adhesivo. ¿Cómo quedaba el álbum tras pegar las estampas con un engrudo a base de harina espesada



con agua? De entrada su espesor adquiriría la apariencia de estar inflado y al paso de unos días cualquier variación de su horizontalidad provocaba el desprendimiento de la harina a modo de nube. Coste cero. Los cromos, por su temática y por las ilustraciones que los adornaban, transmitían conocimientos y abrían nuestra fantasía. Inestimables las colecciones "Vida y Color". Cultura y también cambalache.

Las tres en raya y los lobos, dibujadas sus tablas con un trozo de yeso en la barbacana. Las cuatro esquinas, centinela alerta, el pañuelo, la correa por detrás o sigue la rata, la piola, las bolas,...

De forma gradual, con el paso de los años, quedan atrás estos entretenimientos y se llega a los característicos de la adolescencia que, por más, conservan la misma característica de gratuidad y de no ser totalmente así rondan aquella.

Como he relatado anteriormente el divertimento continúa siendo gratis, al aire libre y tiene la singularidad de la osadía y el atrevimiento. Ahora se verá.

Las funciones de cine que se daban en la plaza de toros constituían la diversión de chicos, medianos y grandes. De algunas buenas proyecciones, casi siempre en domingo, recuerdo los "llenazos" tan impresionantes; el público ocupaba las gradas hasta la misma pantalla, incluso detrás de ella algunos veían la proyección, eso sí, con la simetría cambiada. Había días entre semana en los que al sustituir la película acudíamos al cine. El precio de tres pesetas hacía que el entretenimiento no fuera del todo inasequible. Reclinados en la grada aguardábamos. – En



La basca en 1972. F. Coronado.

cuanto apaguen las luces, a la maroma. Y así era; en la maroma esperábamos el principio de la película y a la voz de ¡Ahora!, y nos deslizábamos debajo de los cables, un salto y estábamos en el anillo; solapadamente ocupábamos las sillas de aquella zona en la que había más personal. Osadía. El éxito, día tras día, de esta peripecia, llegó a su punto final al reforzar la empresa la vigilancia; por mucho que tratamos de mimetizarnos con el público de sillas fuimos sacados en fila y puestos en la calle: - Si me echas, me tienes que dar las tres pesetas. Vaya rostro.

El domingo por la tarde: el baile. Cualquier sitio era idóneo para hacerlo. Hubo un tiempo en el que se organizaba en las cámaras del edificio de Sindicatos, hoy Casa de la Juventud. Después de las partidas de billar, ping-pong y fútbolín, en el salón de Andrés "Navidad", donde el gasto no pasaba de dos pesetas por barba, recogíamos el tocadiscos, que nunca era problema; sí los discos, pues disponíamos de una docena de LPs que poníamos una y otra vez, y además había más de "suelto" que de "agarrao" por lo que no daba aquello mucho resultado. Recurríamos a un chaval, compañero de curso que tenía una colección de singles (45 r.p.m.), novedosa y además en su mayoría eran "de lenta". Gratuidad. Participación colectiva. Chicos y chicas, descubríamos a personas del sexo

contrario. Eh, eh, pero no te vayas por donde no es. Ambos todos, conocíamos las personas del otro género que eran nuestras amigas de diario, si bien el círculo se ampliaba con las semanas. Las relaciones entre nosotros quedaban muy, pero que muy distantes de las actuales y no lo digo en sentido peyorativo.

Sin conocer la palabra solidaridad abrigábamos el sentimiento. No recuerdo que alguno de nosotros tuviera que renunciar a una película en el cine, a fumar un cigarrillo, a tomar una caña, un vino ... porque no disponía de peculio. Si no daba para más daría para menos.

En tal contexto, traeré del recuerdo, para aquellos que lo conocieron, y esbozaré un apunte, para quienes no lo llegaron a conocer, el bar que, junto al Paseo y a mediados de los años sesenta, abrió Rafa Marín: la Sindical; moderno, peculiar y con el paso de los años entrañable. A los parroquianos les quedará la impronta de su carácter: la panoplia, tras la barra, presentaba los hierros de las ganaderías de la época, perfectamente realzados y alineados; la pleita y la madera recubrían la barra y constituían un zócalo alrededor del local.

Tomábamos allí unas cañas de cerveza o unos vinos con gaseosa, bueno con casera o muñoz. En esta liga predominaba la agudeza y la celeridad. Me explico: dos o tres traían los vasos hasta la mesa, uno en particular traía la tapa, generalmente un plato con aceitunas; el referido llegaba a la mesa con el cálculo hecho: - ¡Eh!, quietos; a cinco tocamos. Pero como se suele decir "no la hacíamos limpia". Con el plato sobre la mesa y aún sabiendo el resultado del repartimiento había que ser ágil, coger





Barbechos. A la izq. el camino de la Losa izq. P. Lorite

las cinco aceitunas que te tocaban e introducirlas en el vaso de vino; allí quedaban a salvo. En eso estábamos cuando inesperadamente uno en particular, tuerce la boca y, solapadamente, despide sobre el hombro el humo de un cigarrillo que le ha aparecido por ensalmo. – Vaya macho, te los sacas encendidos. Una exhibición taumatúrgica de alto grado de subrepción y disimulo. ¡Ah!, cada cual con su particularidad.

Llegó el tiempo en el que la música, a la que eran muy aficionados, ya no era la simple audición de discos, pudimos realizarla. Con guitarras españolas y muy poca orientación académica, puedo asegurar que aprendimos solos, mirando y de oído. Esta afinidad nos llevó a dedicar a la música la mayor parte del tiempo. Verbi gratia: parque del Paseo del Santo Cristo, tres y media de la tarde, pleno verano; tres o cuatro guitarras, junto a los columpios, bajo el pino grande, repiten una y otra vez “El arlequín de Toledo”, “Un beso y una flor”, “Todo tiene su fin”, “El violín de cartón”... Cigarrillos. Aprender, tener técnica, dominar los ritmos ..., una tarde y otra.

Para tenacidad y esfuerzo, la industria que ideábamos en las tardes de los domingos estivales, cuando

íbamos “de truchas”, nombre con el que nos referíamos a ir de baños al río. Un puñado de años faltaba para que Villacarrillo tuviera piscina; al principio acudíamos a las albercas y lavaderos no muy alejados del pueblo. Más tarde se pusieron de moda los baños en la Aguaceba: el Molinillo, el Guardilla, la Noguera, ...; allí acudía media comarca. La Pajillona, el autobús que hacía los viajes diarios Villacarrillo-Mogón, inauguró, durante el verano, un servicio en domingos y días festivos que, por un módico precio, bajaba a Mogón varias veces llevando a multitud de personas que pasaban el día en los bañeros mencionados; por la tarde volvía el autobús de regreso con los bañistas.

Bajar nos resultaba gratis. A saber: unos seis o siete, nos juntábamos en el pilar de la carretera de Mogón, detrás del parque. En un Vespino, memorable su color naranja, se montaban tres, el conductor y dos más. Carretera hacia abajo, hasta Buena Vista en donde quedaban los pasajeros y seguían andando hacia Mogón; el conductor daba la vuelta recogía a otros dos viajeros y alcanzaba a los dos primeros. Estando el grupo al completo se repetía la acción desde el principio hasta que todos llegaban

al charco. Ahora, para la vuelta había que buscarse la vida.

La pasta no corría como hoy lo hace, si bien había ocasiones en las que el golpe de mano al bolso de mamá, conocido como “manos al volante”, proporcionaba a la vasca el gustazo de un paquete de cigarrillos Winston, o un par de botellines de cerveza por barba o cualquier otro capricho en este contexto.

Ilustraba con mucho realismo estas situaciones de carestía Ramón Camacho. En aquellas ocasiones en las que se le pedía tabaco, respondía con una mímica corporal, que claramente delataba su estado canino. A saber: - Ramón, da tabaco. El susodicho alzaba ambos brazos, como si le hubieran dado el alto, seguidamente los bajaba y con ambas manos se golpeaba el pecho a la altura del bolsillo de la camisa y seguía con esta acción golpeando los bolsillos delanteros y traseros del pantalón y añadía una sentencia en la que se resumía el peculiar carácter de la época y de sus jóvenes: - Qué dices, quillo, si no tengo más que dos pesetas y una púa.

Así transcurrió la adolescencia. Cualquier capricho implicaba un planteamiento y un esfuerzo previo; su logro reforzaba nuestra autoestima y ejercitaba la creatividad. Por otro lado, las relaciones entre nosotros influyeron en nuestro carácter y nos dejaron valores que nadie nos enseñó: sentido de la amistad, de la solidaridad, de la responsabilidad, del conocimiento, del valor y del respeto por las cosas, la consideración a las personas, ya fueran nuestros padres o maestros; de afecto a nuestra pareja, a nuestros hijos, a nuestros nietos y a nuestros abuelos. Sentimientos, comportamientos que llegan a quedarse en nosotros si los hemos sentido en nuestro rededor y en los que en rededor están.

Francisco Coronado Molero
Agosto de 2016

